



Agua, piel y cuerpo en la historia cotidiana de una ciudad mexicana. Puebla, siglos XVI-XX

Autora: Rosalva Loreto López
Editorial: Edición y Cultura, Puebla (México), 2010
ISBN: 978-607-8022-11-3
Páginas: 126

La profesora Rosalva Loreto, investigadora en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Puebla, realiza en este libro un detallado estudio sobre la evolución del uso del agua en la majestuosa ciudad mexicana. Miembro de la Academia Mexicana de Ciencias y especialista en Historia Ambiental, lleva a cabo una productiva línea de investigación sobre el desarrollo de modelos urbanos y su plasmación en las ciudades.

Durante la etapa colonial el agua, al igual que la tierra, los campos, montes y pastos, estuvo incorporada a la Corona y sujeta a la potestad inminente del soberano. Él cedía su usufructo a los pobladores mediante autorizaciones llamadas “merce-

des”, que administraban los cabildos o ayuntamientos de sus ciudades y villas. Precisamente bajo este mecanismo de distribución que en ciertos momentos se consolidó como una apropiación, cuando se produjo una mezcla en muy diversos grados de relaciones públicas con privadas. Esto dio lugar a la fusión de la propiedad del recurso hídrico con la soberanía. Salvo aparentes excepciones, la propiedad privada del agua solo existía en los casos de fuentes, pozos y manantiales localizados en terrenos particulares, convirtiéndose en pública en el momento en que escurría hacia el exterior del terreno de su propietario. En ese caso el fluido retornaba a ser administrado por las autoridades en nombre del monarca.

El agua tenía un valor, resultado de los diversos aprovechamientos de que era susceptible. Grupos de eclesiásticos, y algunos laicos, capturaban en su conjunto un altísimo porcentaje del excedente económico generado en la ciudad gracias a la forma en que estaba estructurada la propiedad de los medios de producción, debido a que un pequeño grupo era el usufructuario de los recursos naturales. Durante tres siglos prevalecieron estas ideas de distribución jerarquizada del recurso. Fue con la independencia del país con que al inaugurarse el siglo XIX cuando comenzarían a cambiar las perspectivas sobre el acuífero. A mediados de ese siglo se firmó el primer contrato de abastecimiento para la mayoría de la población. No obstante lo prometedor que resultaba el proyecto, gracias a las innovaciones tecnológicas, hasta 1908 no llegó el agua al grueso de la población urbana.

Este libro habla de la historia cotidiana del agua y del largo camino que recorrió para que la mayor parte de los habitantes

de Puebla tuvieran acceso a ella. En una primera parte se describen las formas en que el agua llegó a la naciente ciudad en el siglo XVI, el papel de los ríos y de los manantiales y la manera en que los pobladores de la ciudad podían disfrutar del abastecimiento, por concesión o merced, aprovechando sus escurrimientos o incluso mediante el robo. El río San Francisco se aprovechó desviando una sección de su caudal al interior de la ciudad, adaptándolo de tal manera que funcionó como una gran “acequia maestra”, que la recorría de manera paralela al afluente. En principio su objetivo era conducir de manera exclusiva agua limpia para el lavado del trigo y el movimiento de las piedras de los primeros molinos que se establecieron en la ciudad. Esto implicó un proceso de alteración geohídricas que se inició hacia 1537 y continuó conformándose a partir de una red, tanto al aire libre como subterránea, de cañerías, tuberías, así como de zanjas y presas. De esta forma se generó un primer sistema artificial de contención y distribución del agua.

En la segunda sección se destaca el papel del agua en la vida cotidiana: fuentes, lavaderos “comunes”, “necesarias”,... que hicieron su aparición en diversos momentos como una opción de aprovechamiento y para evitar convertir las calles en ríos de inmundicia. En ese mismo apartado se analiza el agua que cura, que sana y que mata, como una expresión de una relación entre el fluido, la piel y el cuerpo. La limitada posibilidad de acceder a una merced de agua obligó a los particulares a buscar otras formas de abastecimiento y éstas fueron en general mediante pozos, conduciendo el agua de algún escurrimiento de los manantiales y en menor proporción solucionaron su carencia almacenándola de la lluvia en aljibes. Mediante estas diversas

soluciones se contó con el líquido necesario para las tareas domésticas y productivas. Cabe señalar la importancia otorgada a las cualidades terapéuticas del agua, que fue cambiando a lo largo de los siglos y las distintas épocas. Ya en el siglo XIX se comenzó a recomendar como baños de cuerpo completo o mediante exposiciones o “tomas de agua fría”. Asimismo se popularizó como preventivo contra el cólera, pues se recomendaba ingerirla cuando se presentaban los característicos dolores violentos en el estómago, o calambres en el intestino. Por otra parte, se prescribía iniciar la terapia de recuperación mediante baños sumamente fríos con el objeto de restituir la energía.

Una tercera parte pretende ser una aproximación hacia la historia ambiental, al enfocar su utilización como elemento de fuerza motriz en los molinos, a la vez que se convertía en un insumo necesario en las panificadoras, tocinerías y curtidorías urbanas. Las características del río San Francisco fueron aprovechadas para generar la energía hidráulica que movió en el siglo XVI diversos molinos. En la producción cerealera el agua desempeñó un complejo papel. Su almacenamiento en presas era necesario para el riego de huertas y tierras de labor y para los insumos de humanos y animales vinculados con esta actividad. Su conjunción aumentaba el caudal, movía piedras y cubos de agua permitían la molienda. Este proceso requirió de una infraestructura hidráulica de cierta complejidad: presas y acequias forradas para su conducción permitían manipular la presión del movimiento de los cubos o las piedras. Acueductos y arquerías que, con la misma función, llevaban agua limpia para lavar el grano y prepararlo para la molienda y zanjas para el desahogo del agua sucia hacia el río.

En la cuarta sección, a través de un documentado análisis, se enfocan las consecuencias de arrojar todo al río, especialmente al San Francisco, que atravesaba y daba vida a la ciudad. Asimismo, se analizan los efectos de las guerras civiles y las intervenciones estadounidense y francesa, así como su indisoluble asociación con las epidemias y los residuos contaminantes derivados de la incipiente industrialización. La problemática del uso del agua en una ciudad presenta asociaciones indisolubles entre la concepción que se tiene del recurso y de los valores aplicados en su utilización, y las consecuencias de su manejo. De manera particular el exitoso proyecto urbano del siglo XVI mostró plenamente sus alcances en el XVII, cuando alcanzó su máximo crecimiento económico, demográfico y arquitectónico. Sin embargo, este modelo agroexportador marcó su límite de crecimiento cuando Puebla tuvo que competir ante el surgimiento de otros mercados regionales más exitosos. La ciudad entró en un período de inestabilidad demográfica y económica a lo largo del siglo XVIII, la comercialización se enfocó a los mercados locales y regionales, y fue al iniciar el primer tercio del siglo XIX cuando, con la mecanización textil, y en el marco del proteccionismo de la nueva República, se ofrecerían visos de la nueva etapa de la industrialización. Este proceso marchó emparejado con una serie de enfrentamientos militares que definieron la guerra civil, con incursiones intercaladas de invasiones extranjeras. A lo largo de este capítulo se van describiendo las consecuencias de este conjunto de procesos productivos y militares, seleccionando a manera de ejemplos la producción jabonera y la textil en el contexto de una larga posguerra. Las ciudades latinoamericanas compartieron durante siglos el espa-

cio de habitación con el de producción y comercialización. La falta de especialización entre los lugares se hizo patente con la constante presencia de animales, producto de la combinación de economías domésticas y artesanales. Esta forma de vivir coincide con el hecho de que en la sociedad urbana de esa época aún no se habían asociado claramente los focos de infección y contaminación con las condiciones de sanidad generadas en los lugares donde se trabajaba y cohabitaba.

Por último, en la quinta parte, el texto presenta los proyectos de saneamiento y de abasto de agua que se emprendieron desde el siglo XVIII hasta los albores del siglo XX, para satisfacer las crecientes necesidades de la ciudad. Conviene señalar, como un aspecto muy positivo del libro, la acertada inclusión de planos, mapas, láminas y fotografías de época que ilustran y complementan atinadamente todo lo expuesto a lo largo del texto.

Ricardo Serna Galindo
Universidad de Zaragoza